

Blog del pase de la ELP nueva serie

Publicación reservada a los miembros

Nº 47 – 8 de marzo 2023

En los artículos que hoy presenta el *Blog del pase* Ruth Pinkasz recuerda que el pase no está exento de paradojas. Advirtiendo que el pase es otro según el momento conceptual o político de la época en que el dispositivo funciona. Propone entonces repensar una política que permita una revisión con mayor frecuencia de los reglamentos del Pase, sin acomodarnos en un automatón que no dé lugar a lo nuevo.

Rosa Vázquez plantea, en su texto, que el pase es un dispositivo en el que no queda más que aceptar lo que tiene de sujeto a la contingencia y lo desconocido.

Félix Rueda

Paradojas del pase. Su dimensión política

Ruth Pinkasz

El pase, desde su formalización realizada por Lacan, no está exento de paradojas. Jacques-Alain Miller, en la publicación de sus textos históricos sobre el pase, hace el esfuerzo de condensar estas paradojas, para advertir que el pase es otro según el momento, tanto conceptual, como de época en que el dispositivo ha funcionado. Son varias cuestiones que conviene siempre a volver a repensar; son los entresijos e impasses de un procedimiento que es importante no cerrar, y que, si estos impasses tocan a una Escuela, como ha ocurrido con la crisis de la ECF, tocan necesariamente al conjunto de las mismas. El pase no está exento de la tensión entre lo Uno y lo múltiple.

Si bien cada Escuela ha diseñado un dispositivo a su medida, entiendo que si el funcionamiento, y porque no decir su estructura se ve afectado, sería una paradoja pensarlo independientemente del resto de Escuelas que

componen la AMP, puesto que inexorablemente, es la verificación de los latidos del pase mismo, que se pone en cuestión.

Esto no es otra cosa que la tensión entre lo Uno y lo múltiple, que pareciera que a veces, resulta difícil subjetivar, olvidando que, en su perspectiva, la dimensión política más fundamental es la orientación del Uno.

Es imposible pensar el Pase sin la Escuela como tampoco podría pensarse la Escuela sin Pase, ya que hace parte de la función de una Escuela la producción de analistas y el Pase, comporta su verificación.

Para muchos, el Pase resulta una consecuencia lógica del propio análisis, innumerables testimonios lo demuestran, donde la disolución de la transferencia, la contingencia del final adquiere y se enlaza a la condición necesaria de una transmisión de un saber singular sobre el aparato de goce que regía la existencia de un sujeto en el mundo. Este saber dirigido al conjunto de la Escuela, es lo que se espera que haga avanzar, aunque sea en un detalle, al discurso analítico; es esta la articulación entre el pase y el Otro de la Escuela.

Por ello, quien decide someterse al dispositivo del pase, en su acto apuesta por poner en favor de una transmisión lo que ha sido, fundamentalmente, el pasaje de analizante a analista y en ese acto mismo, se hace analizante de su propio decir, no necesariamente de su experiencia clínica, aunque el relato de la verdad mentirosa no pueda estar ausente de su enunciación, pero más allá de ello, se espera la construcción de una lógica, que elucide, el advenimiento de ese deseo inédito que es el deseo del analista. Esto no es banal, porque de ello depende, aunque no solamente, el objeto propio de la Escuela, que no es otro como he dicho antes, que la producción de analistas.

Tomando las palabras de Antoni Vicens en este mismo blog; “cuando hay nominación es un modo de hacer Escuela ... cuando esto pasa se avanza un paso, la Escuela toma relieve y anuncia el trazado de una nueva frontera.” (1) Esto hace parte de esa dimensión política, y es donde el valor clínico y su valor epistémico se conjugan para hacer avanzar el psicoanálisis.

La Escuela, su dispositivo, tienen su responsabilidad y por tanto vale la pena detenerse y cuestionarse sobre lo que va y no va, lo que resulta de una nominación, con un horizonte que pueda ir más allá de los límites de la ELP.

Ahora bien, como decía al principio cuando una de nuestras Escuelas atraviesa una crisis sobre el Pase, conviene interrogarse en que toca a las demás Escuelas de la AMP; no nos olvidamos, y no nos cansamos de repetir, que un AE nombrado por una Escuela, es AE de la Escuela Una y, por tanto, los ecos de dicha nominación atraviesan las paredes de la misma.

A veces incluso resulta paradójico; si necesitamos insistir esta cuestión, es porque esta dimensión en muchas ocasiones parece perderse ¿son otra vez los escollos de lo múltiple que desdibuja lo Uno?

La dimensión política también es ética y como ya he mencionado antes, es responsabilidad misma de la Escuela y de quienes la componen, su orientación. Si “el real en juego en la formación” “...provoca su propio desconocimiento, e incluso su negación sistemática” (2), no caigamos en esa ceguera; pongamos en tensión las elaboraciones que se puedan hacer de los distintos colegios del pase, tanto en una misma Escuela como en las otras; analicemos y hagamos uso de los interrogantes, de los impasses, de las conclusiones, de los distintos dispositivos y carteles del Pase. Se trata entonces de repensar una política que permita una revisión con mayor frecuencia de los reglamentos del Pase, sin acomodarnos en un automatón que no dé lugar a lo nuevo.

Las modificaciones que se realicen en el próximo Colegio del Pase, tomando las palabras de Paloma Blanco, no debemos suponerlas una “fórmula lograda para siempre”(3); sabemos muy bien que el “acto más logrado” conlleva la muerte; por ello quizás ahora, *après coup*, convenga reformular y repasar más a menudo, que horizonte conlleva una nominación, cual es el trazo de la nueva frontera que se produce de cara a un imposible, que más allá de su límite, nos oponga el deseo de saber “aún” que es un analista.

NOTAS

1. Vicens A. Blog del pase nº 41.
2. Lacan J. Proposición del 9 de octubre de 1967, Otros Escritos. Pág. 263.
3. Blanco P. Blog del pase nº 45.

Aceptar la contingencia y el no saber

Rosa Vázquez Santos

Hay contingencia, en todo. La contingencia comparece en la relación a la Escuela, en el momento de la demanda del pase, en la transmisión de los encuentros diversos, en el estado de las personas que escuchan y de las que escuchan a quienes escucharon, en el tiempo de creación del pase por Lacan, en los momentos en los que Miller da una orientación u otra.

Hay contingencia y por eso nada podemos saber de qué hace que algo funcione o no funcione, de quién está en el momento del pase o no, de quien está antes, después, con o sin el pase, en posición de analista. Luego, hay contingencia y no sabemos, y hay que hacer con eso. Simplemente, a veces ocurre y otras no, a veces gusta y otras no, a veces es justo y otras no.

Aceptar la contingencia y el no saber parece esperable de los analistas, pues saben de sus imposibilidades uno por uno, de la falibilidad de quienes fueron o son sus maestros, de la inconsistencia de la Escuela y sus dispositivos, de la inconsistencia del analista con pase reciente o antiguo, orientado por una orientación u otra, nombrado a la primera o a la quinta, no nombrado o no presentado.

Comprendo que se busque la garantía, la mejor forma, la mejor norma, pero si el pase es una sucesión de contingencias no queda más que aceptarlo, aceptar lo que hay de contingente y desconocido en el pase y en todo lo que va o no va en la Escuela, fruto de sus analistas, falibles uno por uno.

Está bien ocuparse de lo posible, pero no al precio de olvidar lo imposible. No me interesa teñir al pase o a otros dispositivos con demandas de garantía y reconocimiento, dar demasiada consistencia a lo que no la tiene. Por esta razón escribo esta contribución, porque tras tantos textos y aportaciones leídos y enviados al blog del pase, concluyo que me interesa contribuir a una Escuela que soporte la inconsistencia.

Tal vez el problema es el exceso de “agalma” con el que se trata de vestir al pase o, en general, el exceso de “agalma” dado a los acrónimos. Personalmente, aunque lograra nombramientos, los vería como formas de lazo con la Escuela y sus miembros, pero no como algo bajo lo que presentarme. No usaría acrónimos para nombrarme porque lo que me importa, preocupa y ocupa es poder decir simplemente “psicoanalista”. Me

importa que en lo social del siglo XXI sea posible decir simplemente “psicoanalista”, me importa que en la Escuela a la que pertenezco sea respetable decir simplemente “psicoanalista”.

¿Qué hacer para dar dignidad a la palabra “psicoanalista”?

Creo que las normas y los grados no pueden hacer nada para dar dignidad al psicoanálisis, ni el reconocimiento ajeno -venga de lo social o de los colegas-, pero tal vez sí el propio reconocimiento, ése que nos damos cuando sentimos que nos desenvolvemos mejor con el propio síntoma, porque es entonces cuando sabemos que el psicoanálisis será reconocido.

Seguir aprendiendo a manipular el propio goce, seguir tratando de decir lo indecible de la mejor manera posible, seguir siendo incautos sin obturar el agujero del no-todo incautos, es para mí el camino que puede llevar a hacer existir el psicoanálisis.

El pase puede ser ahora de un modo y mañana de otro, puede ciertamente llegar a no ser, tiene una función o un uso variable y, espero, no “religioso”. Se trata, una vez más, de una “perogrullada”: el pase es un dispositivo que, como todos los otros, está sujeto a la contingencia y el no saber.

Remitiéndome al contexto de trabajo del que provengo diría: menos teología y un poco más de mística.